



# Orden aleatorio

Cincuenta poemas (1989-2014)

LUIS VICENTE DE AGUINAGA



**D**  
Literatura  
UNAM

TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



# Orden aleatorio

(Cincuenta poemas 1989-2014)





# Orden aleatorio

(Cincuenta poemas 1989-2014)



LUIS VICENTE DE AGUINAGA

Selección de Víctor Cabrera y el autor

Textos de Difusión Cultural  
Serie Presente perpetuo



Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
México, 2015

Primera edición: noviembre de 2015

D.R.© Luis Vicente de Aguinaga

D.R.© 2015 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL / DIRECCIÓN  
DE LITERATURA

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,  
04510 México, D.F.

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

ISBN: 978-607-02-7393-3

ISBN de la serie: 970-32-2631-0

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la  
autorización  
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

*Teresa. Matías. Lucas.*



## AVISO

En este libro, más que ordenar, desordeno cuarenta y cinco poemas extraídos de mis doce poemarios editados hasta la fecha y les agrego, también en desorden, cinco poemas recientes, no recogidos en libro alguno todavía. Víctor Cabrera, con paciencia y generosidad, hizo una primera selección. Yo añadí algunos textos, descarté muchos otros y barajé los que fueron quedando. En el índice se aclara la procedencia de cada poema.

Publiqué mi primera plaquette en 1989, a los diecisiete años. Lo propio, en este caso, es exclamar (o, al menos, insinuar) que ha pasado mucho tiempo. No es para tanto. A lo más que llegaría es a decir que han pasado muchos tiempos: el de las experiencias, el de los gustos, el de los intereses, el de los estilos. Pero la gratitud que siento es la misma: por mis compañeros y maestros, por mis lectores y editores, por mis amigos y familiares y, desde luego, por las tres personas cuyos nombres figuran tras el título del volumen. Son todos ellos quienes, en un cuarto de siglo, le han dado sentido a estas páginas.

*Luis Vicente de Aguinaga*





UNO



*Abierto el mar de profecías. Esbelto camino al abandono  
que el mar es. Ciudad, muralla: camino al mar, camino al camino  
de los barcos: nadie.*

*Nadie en la costa, que parece oxidada, olvidada en el anochecer  
ruinoso de los náufragos.*

*Salgo de la ciudad porque me arrastra un viento, porque un aire de  
flechas disparadas renueva mi vigilia,  
y donde gira el viento me detengo. Nadie.*

*La playa invoca una llovizna perpetua, un resabio de huracán,  
una pata trasera de huracán,*

*un mar dislocado y materno que estalla en agujas cenitales.*

*Cantaban los hombres: amanece. Cantarían los hombres,  
que tejieron su rostro con miradas.*

*Pero los guerreros han abandonado el canto*

*y el canto sobrevive. Pero los guerreros han abandonado sus rostros  
y persiste en la arena un delta de visiones, como una red que se  
pudre y peces robados por las aves.*

*Viento. El viento es la ciudad de los náufragos, su altar al ángel  
transparente de la fuga.*

*Como nave que atraviesa las aguas agitadas, como dardo que  
viaja en el tiempo, así los náufragos: regresan al mar y su carne  
los envuelve,*

*regresan al aire que se agolpa tras ellos  
como piedras de un muro,*

*como ladrillos de un pueblo dismantelado que los sigue.*

*Vuelven a ser el aire que los puso en la costa, vuelven a ser el agua*

*que le dio forma al ángel, vuelven a ser el aire que hirió la opacidad del polvo, su inarticulado recinto.*

*Tierra de espejos indelebles y figuras disueltas, de oraciones talladas, labradas con la materia de lluvias circulares en la dureza binaria de los muros. Piedra, la mañana.*

*Tierra de cicatrices, tierra desdoblada en el ojo, en un ojo que sueña.*

*Su canto, paloma por paloma, sobrevive.*

## ABOLICIÓN DEL VIAJE

Incendiar la tierra firme  
la relación  
del barco con el puerto  
el punto fijo  
Olvidar la referencia  
Echarnos al mar

en balsas desancladas  
Que no tenga nombre el viaje  
como no lo tiene lo delgado del papel  
lo quieto de la muerte

Que no tenga nombre el viaje  
que no lo tiene el escándalo del sol  
lo helado de la regadera  
engendradora de la lluvia

## MEDIO DE CONTENCIÓN

*a Ricardo Castillo*

### 1

Quién oyó nunca el paso de las tribus.  
Iban de norte a sur, de un lado a otro, y eran olas  
de insectos o parvadas  
que azuzaban el aire. Los domingos  
burlaban el acoso de unas calles arteras,  
ganaban las espaldas del contrario  
y se arremolinaban con ventaja  
frente al arco rival— y en el momento, en la hora precisa,  
al tenderse las redes de la gloria,  
despachaban su tiro a las tribunas  
(sin que hubiera tribunas)  
y un abucheo de todos los demonios  
acompañaba su regreso.

Quién recuerda siquiera esa rechifla.

Hoy el tiempo se mide por semáforos  
y un latido continuo de luz roja  
te ahueca el pecho, zumba en tus pulmones  
como un viejo balón que se desinfla.

2

Algo quiere tu sombra, que no hay manera de borrarla.  
Está siempre a tus pies como un sirviente  
y repite con sorna tus quiebres más audaces.  
Si metes la mano a discreción, su mano te delata.  
Si corres al espacio, te persigue.  
Si un balonazo por lo alto  
exige tu vuelo en vertical, ella se achica  
y se agranda después, al ir bajando,  
y como un charco de lodo refleja tu caída.  
Mientras te subes las calcetas  
puedes verla de frente.  
Algo querrá.

Es tu enemiga, y tienes que marcarla.

3

Libre de culpa, se amarra los botines.  
Ajusta el cuello de su camiseta  
y enseña, casi por descuido, los tatuajes  
que cifran la historia de sus bíceps.  
No lleva espinilleras.  
Al comienzo del juego está muy serio, y poco a poco  
ya grita y maldice y gesticula.  
Quizá, puede ser, nunca se sabe: tal vez,  
para el segundo tiempo,  
consiga entrar de cambio.



No estaré aquí.

Sobre la hierba  
grisácea de los parques  
anidará un amago de eucalipto, y ese olor  
de perros migratorios como peces  
calará en las banquetas.

No estaré aquí.

La lluvia  
enjuagará el paso de los carros,  
se dejará patear la piedra hasta la esquina  
y arriba del camión, al ver el cielo,  
dirás que la luz no brilla como antes.

Cuando se agregue a la curvatura de las brújulas  
un territorio inexplorado, el mediodía  
consentirá de nuevo que la tarde caiga.

No estaré aquí.

Síganse de frente.

FRAGMENTO DE UN POEMA  
DELIBERADAMENTE RECORTADO

Es vano mencionar la oscuridad  
si no garabateamos algún nombre  
de la noche  
inventado por nosotros.

Mejor prenderle fuego a las cuartillas,  
usar todos los lápices sin punta  
y odiar hasta la hora de la muerte.

## DE REOJO

Alguien, alguna vez,  
te ha visto de reajo.  
Alguien, hace un minuto, ahora mismo,  
te olió, te oyó acercarte,  
advirtió en tu silueta  
que una promesa se cumplía,  
dio nombre con tu cuerpo  
a otro cuerpo que sólo imaginaba  
y renunció a mirarte por más tiempo:  
renunció a ti, se abandonó a sí mismo,  
miró sencillamente hacia otra parte.

Alguien, sin que lo hayas notado.  
Alguien, un solo par de ojos,  
en un solo momento  
de su vida y la tuya,  
de la tuya y la mía.  
Dedos que no van a rozarte.  
Labios que no dirán tu nombre.

## ZAPATOS

*a Teresa, que los padeció tanto como yo*

Teníamos que llegar a un sitio cualquiera en la ciudad y estábamos del otro lado. Así que la suerte, para empezar, no ajustó bien sus pasos a los nuestros. La mañana. Una brisa cortante nos empañaba los anteojos y encima esa vocación de las banquetas por acabar abruptamente, hacerse angostas o empinadas, implacables. Yo había estrenado unos zapatos que parecían inofensivos, que parecían zapatos nada más, no trampas homicidas, no calculados hoyos de infortunio

—como vino a probar la caminata. El mediodía. La calle fue volviéndose cosa de kilómetros y de pasillos sin fin y de butacas ausentes. Primero el talón, después la llanura del empeine, la flexible agudeza de las uñas: polvo serán, mas polvo que se alcance tras refinados plazos de tortura. La noche. Había que regresar

a casa de aquel sitio cualquiera, de aquella gruta o silbadero

de sierpes que ya era toda la ciudad,  
¿y cómo? Alcanzado  
el resguardo, estando a salvo,  
entre sacos de lana y calcetas maternas,  
¿dónde poner las botas? ¿Bajo qué  
mueble hospedar al enemigo?  
¿Quién sabe, pregunto  
aún desde el umbral, sin morder el anzuelo,  
por qué sangriento humor de los modales  
hay que aceptar al verdugo en nuestra alcoba?

## MENSAJE DEL QUE DUDA

*Rien ne m'est sûr que la chose incertaine*

VILLON

Digo salud cuando estornudo, y buenas noches  
al mirar contra el sol mi cara en las vidrieras.  
Si voy de pie, me cuadro los anteojos

para observar los charcos que no evito,  
los setos que atravieso. Y con los mapas  
me ha quedado muy claro que en la calle

donde vivo no hay gente, ni casas —no aparece  
ni siquiera el buzón que guarda estos renglones.  
Ayer, sin ir más lejos, traía metido en la cabeza

que ningún mar excede al pez que lo ha bebido,  
que si dejara de pensar por las mañanas  
pensaría por las tardes, y las cosas del mundo

tropezarían de nuevo con mis dedos  
y yo diría salud y buenas noches  
y no metería la mano al fuego por mis manos,

que parecen cada minuto menos fuertes,  
más largas. Y aunque ya sea otro tema, sólo pido  
vagar por una tierra en que las lluvias

no deshagan la flama —y estar vivo  
al morir, de pie, despierto  
para observar las vidrieras que atraviесе,

para testificar que sea seguro lo inseguro.

JUST FOR THE RECORD

Nunca he debido preguntarme  
cómo –en la práctica– llegaron  
los astronautas a la luna,  
las vueltas a la tuerca,  
Dios al octavo día.

Siempre mis dudas fueron otras.

Comenzando por hoy en la mañana,  
siempre –que significa casi siempre–  
me han urgido cuestiones de otra índole,  
como qué da sosiego a los imanes,  
por qué nos duele que se rompa un vaso,  
cuándo la noche se hace madrugada,  
qué hay tan incómodo en los tres  
pies del gato,

cuándo la madrugada  
también es la mañana,  
cómo –en la práctica– llegaron  
los pájaros al pico,  
la serpiente al veneno,  
el oro a la moneda fraccionaria,  
las fortunas al índice de *Forbes*  
y otras dudas acaso menos tontas  
pero que, por pudor, mejor se olvidan.

## CALZAR DEL 30

*Mis pies miden treinta centímetros  
y los de mi hermano el mayor treinta y dos.*

RICARDO CASTILLO

Nadie que no calce del 30  
sabe lo que significa estar solo.  
Puede constatarse.

A las tiendas  
llegan diez, quince pares de zapatos  
de cada una de las otras tallas  
y sólo un par del 30, y eso  
porque los pies vienen de a dos  
y nadie compraría un zapato solo  
si así se lo vendieran.

Aunque yo sí lo haría.  
Pagaría siete veces el izquierdo  
en espera del par,  
y el derecho, negado siete veces  
y siete por setenta  
imaginado,  
se me presentaría en el sueño  
como un padre,  
como un ancestro de talones anchos  
y empeines desmedidos,  
como el pie y el zapato al mismo tiempo,  
y me ataría con sus cordones  
de la mano  
para llevarme a donde hubiera gente  
de pasos y pisadas comprensibles.



Calzar del 30 no da risa.  
Tampoco es ningún drama.  
Pero a veces hay directorios telefónicos  
tirados en la calle  
con datos de otras eras  
o del armario salen cajas  
de comercios que fueron liquidados  
y uno se ve los pies, los interroga,  
un poco los levanta con prudencia  
y vuelve a dar con ellos en el suelo  
y no adivina cuándo ni en qué sitio  
hayan servido, hayan sido comunes,  
hayan cabido en calcetines  
o hayan roto invaluable corazones.

## COMO ADENTRO DEL AGUA

*Vivo a tanta distancia de mis manos  
que no alcanzo a atisbar  
las palabras que escribo.*

JUAN VICENTE PIQUERAS

Veo segundos por todas partes,  
que sobran y que faltan. Que son piedras  
arrojadas a un cielo, dadas a un mar por el que todavía  
no pasan cuervos ni soldados.

Alejándose,  
la lluvia gana los países vecinos: recupera

el vacío que no fue, la plenitud  
que no será tampoco. El tiempo  
es llegar tarde o es morirse  
en la víspera. Estar es llegar siempre  
a una ciudad que rostros anulados,  
que sequías uniforman.

Las voces, los jardines,  
los motores, las bocas, los ejércitos:  
lengua que ignoro, ciencia  
de ordenados misterios.  
Todo está  
cerca,

donde no lo alcanzo. Oigo  
como adentro del agua.  
Vivo tan lejos de mis manos  
que no alcanzo a escribir  
las palabras que miro.

*Cómo voy a dormir  
si el cortaúñas está solo.  
Con qué voy a soñar  
si no encuentro mi almohada  
ni entiendo qué cosa sean las tres, las ocho y cuarto, el mes que viene.*

*A ver quién me lo explica.  
Esta cuchara estaba en su lugar;  
ahora resulta  
que la cuchara sigue donde mismo  
pero ya no hay lugar en torno a ella  
ni arriba, ni debajo, ni en mi boca.*

*Ya no quiero fideos. Ya no quiero frijoles. Ya no quiero tortillas.  
Le regalo mi postre al que me cuente  
qué opinan de la vida los difuntos,  
del día las estrellas,  
la nuca de la frente.*

*Cada sombra es un foco atrás de un cuerpo.  
Cada grano de azúcar  
trae debajo una hormiga.*

DOS



Lo dicho: corredores de obligada penumbra.  
De polvo, de nubes que diluyen la extensión de la frente  
y la extensión del aire. La planicie del aire,  
que se ahueca y reordena sus aristas en el rostro convexo que las  
horas han dado a quien las bebe.  
Cuando la calle está ojerosa de puertas.  
Cuando la noche amontaña sus paredes, cuando eleva  
hacia el fondo gutural de las ventanas un susurro de tela, una cifra  
de insinuaciones y tormentas que arrojan el tacto.  
Ha llovido. El suelo es una repetición de labios minerales.  
Un collar y sus piedras son trozos de hielo. Una cuerda y sus nudos  
el doblez sin orillas de la sombra.  
Columna de rincones, cavidad de concreto,  
varilla de piel, hoja de rostros: uniones, mitologías  
que acechan tras un lago revuelto  
y emergen a pie, pátina y entre los dientes leguas, brújulas, morder  
el agua,  
como después de un naufragio victorioso, una heroica derrota.  
Uniones, concubinatos de imperceptible perfume: ¿quién escucha,  
quién oye al lodo descalzarse? Lo dicho: corredores.  
En irritados pasillos nocturnos, en pausas bajo las que hierven los  
buitres,  
dos vientos se rozan. Pesan lo que el transcurso de sus piernas, la  
agitación de sus rodillas, el vapor clandestino de sus tibias:  
lamen,  
como dos látigos que tuerce el encierro,  
sus llagas. Heridas también de aire, curvas como alfanjes copiados  
por el frío.

*Rozan, lamen: sus gemidos no anuncian la mañana pero alertan el tiempo, que es un despeñadero de naipes, de augurios, de provisiones mermadas gradualmente.*

*Al túnel lo bloquea una intermitencia de corrientes y aullidos casi genitales.*

*Viento; vientos de temperatura adolescente: la mañana es una piedra cayendo hacia los ojos.*

*La mañana, otra vez la mañana, como una atlética pesadilla, como un tambor de caza endurecido en vaho. De polvo: ¿también es aire?*

*Es más que lo dictado por las claves del juego: lo dicho, niebla.*

*COLD FEVER*

Ir más despacio. Cada vez  
    entrar con menos pertinencia

y al final no llegar ni estar ausente.  
    Oír, también despacio,  
al pájaro en las vísperas del trino  
    y en el instante del trino verdadero

no estar ya nunca ahí: no haber estado.  
    Aprender a callar como se aprende  
a cerrar, durante el beso,  
    los ojos: por olvido.

No entrar. Quedarse a punto. Ahí:  
    donde consienta el misterio la pobreza  
del oro, el fondo  
    insípido del vino.

Ir. Cada vez  
    más despacio.



## POCA MONTA

*para Manolo González (1967-2012)*

Éramos poca cosa.  
Pocos muchachos, y de poca edad,  
y poco preparados  
para encarar los grandes temas  
—como dicen—  
del amor y del mundo,  
del cielo y de un país inhabitable.

No éramos casi nada.  
Inventábamos campeonatos  
de boxeo, fut-bol  
o caminata vagamente olímpica  
para tener alguna medalla que colgarnos.

Ya nos avergonzábamos entonces  
de los adultos que no éramos  
aún, serios y horribles,  
y al final nos burlábamos del alma  
por vengarnos del cuerpo,  
que se burlaba de nosotros.

Te vi la última vez  
en un lugar estúpido:  
un restaurante de franquicia  
entre tiendas idénticas las unas a las otras.  
No recuerdo haber dicho  
nada de lo que ahora te diría.  
Tú hablabas mucho por teléfono.

Al salir de aquel sitio  
éramos, obviamente, poca cosa.  
Hoy puedo recordar con precisión  
la niñez hilarante que vivimos  
o la espantosa pubertad  
o la primera juventud confusa  
–los adjetivos pueden barajarse–  
pero no las palabras  
que me hayas dicho al despedirte.

Quizá porque al decirnos hasta luego  
fuimos triviales a propósito,  
sabiendo –como sabe todo el mundo–  
que no hay palabra que no hable  
de lo mucho que fuimos, de lo poco  
que somos todavía.

## GET BACK

Ocho días por semana  
los Beatles me cantan en directo, porque tengo un hijo  
que tiene cuatro hijos: Ringo y George, John y Paul,  
formados en parejas  
de un vivo y un difunto,  
un mirlo y un pandero,  
un Bentley negro y un agujero en el bolsillo.

Ninguno tiene  
64 años: dos nunca  
los cumplieron, dos  
ya los rebasaron desde cuándo.

Y los cuatro,

aunque pudieran repartirse  
de a dos los ocho días de la semana,  
prefieren desafiar la lluvia  
y el enero de Londres  
en azoteas incomprensibles  
gritándonos a todos que volvamos.

## FRAGMENTO

Los demás, que son el infierno, añaden a tu rostro una capa  
de rememoraciones.

La diluyen también  
o la retiran, agravándola:  
polvo que reducido a polvo  
se acumula.

\*

Los demás, que son el infierno, añaden a tu rostro  
un silencio equivocado.

Lo llamas el destiempo, y no te escuchan.

(No están para escucharte. Quieren todo. Sin la hora, los  
minutos les sobran.)

Lo llamas la separación  
o la ceniza,  
la voz que bastaría para decirse muerto.

\*

Los demás, que son el infierno, retienen las formas de tu cara  
en las inmediaciones del anochecer:

la hora en que todo lo visible  
retrocede, y la primera lámpara  
enciende una segunda,  
ya menos arbitraria y menos dulce.

(Sombra, mi  
sombra, no seré yo quien te proteja.)

\*

Los demás, que son el infierno, retienen las formas de tu cara  
en las formas de tu cara. En el mundo  
no se acaban las puertas,  
no terminan los nichos.  
Y no porque haya tantos habrá uno.

\*

Los demás, que son el infierno, sonríen con los ojos, ven con  
las manos y descifran para ti el final de los pasillos.  
Afuera los árboles resienten  
el estrago de la serenidad,  
y el reposo los hunde.  
Tú debes nada  
más entrar, o nada.  
Soy el que busco el que busca el que buscamos.

\*

Los demás, que son el infierno, sonríen con los ojos, te llaman  
con los párpados  
y al cabo se repliegan en tu nuca.  
Míralos: ¿pintan de negro las últimas estrellas?  
Lo hacen  
si oscurecerse conviene a la mirada.

\*

Te llaman con los párpados.  
Se diluyen también, o se detienen:  
al cubrir mis tobillos  
resolvió detenerse la marea.

Llamándote nosotros, pese a todo. Que somos el infierno.

## NÚMEROS

### 1

El desierto es la fosa. La ciudad es la fosa.  
Las piedras  
son el manto y el cielo del que yace.

El desierto es la llama. El rostro del anochecer  
es la llama. Un río  
que invisible nace de la hoguera  
late

y acecha el enemigo nocturno.

El desierto es la espada  
y la caricia.

El basilisco  
calla para herir  
y ronda  
los altares del sueño.

### 2

El toro, los peces, la balanza.

El agua  
de la maldición, que anima  
bajo la sombra los eriales.  
El agua sin murmullo.

El acuario,  
la virgen, el cangrejo. Entre la savia  
y el tallo y la caída  
numerosa de las tempestades  
crecen los ángulos de un astro.

Su hielo penetra las murallas.  
Su imagen invierte los conjuros.  
El león, el escorpión, el  
cordero.

3

Duerme  
la desnudez. Aparición de la materia.

La tenue luz de la ceniza,  
parpadeante, su mañana  
de brasa humedecida y labios áridos  
nutre la madurez de los objetos.

Con el día, con la  
música del exilio: duerme.

Una cabellera, un brazo  
curvo. La cintura  
que repite la transparencia de los velos.  
El sabor de la sal, el tiempo de la roca.  
Aparición, y gesto,  
y disolución de la materia.

Y el desierto, y la espada.



## TÉRMINOS DEL CAFÉ

Se tardan en llegar, pero al fin  
llegan: las migajas  
de pan al fondo del café  
con leche. Alguien pide  
la cuenta y no sé dónde  
se escondieron los taxis, los timbres  
desatendidos del teléfono, las corbatas  
en suma. No le cuesta  
llegar, porque al fin  
es lo mismo: la cucharada  
que raspa la taza por el fondo,  
las gotas del estribo,  
las migajas  
que estuvieron aquí desde el comienzo.

## WESTERN

*leyendo a José María Guelbenzu*

Me dices: "Todos están muertos."  
Todos bailan aún  
porque se están muriendo.  
Buscan discretamente en el buzón  
una palabra ansiosa; encargan,  
sin mediar el segundo, un tercer  
trago; cantan o murmuran  
porque se están muriendo.

Me dices que todos están muertos.  
No los arrastra la serenidad: se dan,  
a plena luz, de lleno  
–y eso con lo que miran son dos ojos,  
y redondos– contra las vidrieras.  
No los obliga la sabiduría:  
cambian de tono y se preguntan

cuántas manos les estarán dando la mano  
en cada barandal; cuántos pueblos de oro,  
diferidos, cuántos rostros de oro,  
frágiles y ardientes, de lleno contra el aire,  
se agolparán al centro del desierto  
llamando al jinete que los hunda,  
los humille. Sin mediar un segundo,  
el tercer trago: y bien muertos.

(En el buzón, discretamente,  
habrás deslizado este mensaje:  
“¿Hacia dónde se mueven  
los que bailan?”

Ah, puertas que existan  
únicamente para abrirse, para nunca  
abrirse. Como sus ojos, te respondo:  
hacia ninguna parte.)

## LAMENTO

a Héctor González

Uno pierde vista tras tanto tiempo  
de mirar nada.

Uno pierde sensibilidad, células del gusto.  
(¿Y qué ha sido del silencio en todos estos años  
de mi ausencia?

¿Permanece intacto –*virgen* es la palabra–  
o lo han corrompido como al agua,  
como al tiempo?)

Uno pierde los dientes gritando, escupe  
sangre.

Uno cree que sus labios ya no tiemblan  
y que su estómago puede hablar  
aunque sea sólo en silencio

–uno puja.

Pero no.

Hice tanta vida,

perdí

tan mucha muerte en el destierro  
que ni al mismo destierro reconozco.

## TRAS EL FESTEJO, EL HERMANO DEL HIJO PRÓDIGO SE RESUELVE A MOSTRAR QUIÉN ES EL PEOR DE AMBOS

*El hijo mayor se hallaba en el campo, y cuando, de vuelta, se acercaba a su casa, oyó la música y los coros. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: "Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, porque le ha recobrado sano." Él se enojó y no quería entrar, pero su padre salió y le llamó. Él respondió y dijo a su padre: "Hace ya tantos años que te sirvo sin jamás haber traspasado tus mandatos, y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos, y al venir este hijo tuyo, que ha consumido tu fortuna con meretrices, le matas un becerro cebado." Él le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son; mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado."*

LUCAS, 15: 25-32

Suponiendo que te lo diga.

Vamos a suponerlo. Que yo te diga:

"Soy el peor de tus hijos".

O, a lo mejor, que lo mitigue:

"Vengo, padre, como el peor

de tus hijos." Como si el peor

fuera el otro. Como si yo apenas

me le asemejara. Supongamos.

¿Ganarías algo con oírmelo?

¿Te venderían la gasolina más barata?

¿Conseguirías jubilarte por adelantado?

¿Te dirías a ti mismo: "Es lo que yo

esperaba oír", y entenderías entonces  
que ya no soy el peor, ni casi el peor,  
pues he mejorado al admitirlo?

Brincos diéramos, padre. Bueno fuera.

Tendrá la culpa esta memoria,  
si tú quieres. Qué digo  
esta memoria: este recuerdo  
solo, del día que temiste  
tener un hijo menos, pues  
ya no estaba por ninguna parte,  
y me pediste a mí con la mirada  
y un movimiento indigno de la mano  
que fuera tus dos hijos, y que fuera  
de preferencia el que perdiste.

¿Tendré la culpa yo, que soy  
esta memoria? Qué digo  
esta memoria: este recuerdo,  
el rastro de la voz –mi propia voz–  
del hijo que dejé de ser,  
y para qué: para no ser  
tampoco el otro. Qué digo  
ese recuerdo: más bien el de tus ojos  
mirando a través de los rebaños,  
cruzando los campos de trabajo  
y topándose al fin con el hombre que venía  
y era el hijo perdido y el hermano  
que yo no pude ser, que no fui nunca,  
que se quedó sin mí al estar perdido

y me dejó sin él,  
que me quedé también sin ambos  
al irme sin mi cuerpo y al dejarme  
a solas con tu tierra, padre,  
solo de ti, solo de todos, a la espera  
del día en que volviéramos, del día  
en que pudiéramos al fin reconocernos.

*Un muerto es poca cosa*

*El pantalón que fue de un muerto y aparece  
raído a media  
carretera, ni siquiera  
roto,  
ya no digamos  
desgarrado,*

*un pasaporte, las llaves de una casa,*

*un par de zapatos  
a medio usar*

*son  
más que un muerto.*

*¿Qué tal  
si todo fuera cada vez  
menos?*

*El que no sea fantasma todavía  
que levante la mano y pida tiempo.*





TRES



*Como follajes crecientes, hojas que aumentan, que envejecen de cara al mediodía. Como follajes que envejecen, aumentan mientras adelgaza la sombra, como sombras que pierden su cuerpo debajo del mediodía filtrado por las ramas. Como la luz directa de las hojas, que pulsa más allá de su propio corazón, hiere más allá de su propia quemadura. Como un agua vacía, como un tinte vacío.*

*El aire o las aves retiradas.*

## SONETO DE LA ESPERA

Úrgen constancias, actas, credenciales,  
cuatro fotos tamaño pasaporte,  
un discurso en favor de los discursos  
y la fecha, y la firma, y dos testigos.

Úrgenme, desde ahora, otras dos manos,  
tres pies, un gato, un dios que no se burle  
ni de mí, que no sé, ni de quien sepa  
cuánto tarda en cruzar un cuervo el cielo.

Tanto tiempo que dura una jornada  
laborable, o labriega, o laboriosa,  
y uno sin alcanzar la ventanilla

donde quizá le informen, de haber suerte,  
cuánto tarda un minuto en ser un año,  
cuánto tarda uno mismo en ya no serlo.

## SONETO DEL HIJO

Tengo un hijo. La gente le sonrío,  
le pregunta de quién son esos ojos,  
baila con él canciones de animales  
y el perro, el oso, el gato las corean.

Yo mismo le recuerdo esas canciones  
–callándome, cantándolas a veces–  
cuando, si vela, vale más que duerma  
o, si llora, lo correcto es que ría.

Con las manos alcanzo a sostenerlo  
si es que por algo pierdo el equilibrio:  
me digo que lo tengo, y canta el gato

y en verdad me despierta en madrugadas  
en que yo tengo un hijo que me toca,  
me sonrío, me alcanza, me responde.

## TOAST MODERNISTA

Brindo, en primer lugar, por la clavícula.  
Número dos: por ciertos abarrotos  
y ultramarinos de bodega y mesa.  
Número tres: por la crueldad, la saña

y el olor de la imprenta y el consuelo  
del éter y los álamos asiduos  
del parque abandonado y los faroles  
a medio gas y las pestañas falsas.

Brindo por mí: por lo que digo ser,  
por la gloria diabólica o divina  
de hallarme a todas horas en el mundo

fingiéndome distante, ajeno, incierto  
pero en verdad sabiéndome corpóreo  
y adicto, cuando mucho, a los esdrújulos.

## EL SUEÑO

Todo el amor, si es mucho, es poca cosa.  
Todo el amor, si es poco, es demasiado.  
La noche, tras arder, se ha disipado  
y el sol es la persiana en que se posa.

De luz, no de razón, es la dudosa  
orilla de los cuerpos. Lo deseado  
vuelve del sueño al día y, a su lado,  
lo sueñas tú, rozándolo, deseosa.

El ruido es más tenaz que la mañana  
y al cabo llegan voces del presente  
que conducen el mundo hacia la tarde.

Todo el amor, si enferma, también sana  
y es poco, y es de noche, y no se siente  
y sueñas otra vez, y otra vez arde.



*A mí la cuchara no me sirve.  
La cobija. La ventana. La  
pierna derecha no me sirve  
porque a la izquierda no le sirvo yo.*

*No me sirve  
tampoco  
estar diciéndolo.*

*Nada que yo dijera, ni la ce ni la erre,  
ninguna canción que yo cantara  
diría nada en mi lengua  
ni haría bailar a nadie. A nadie*

*tendría  
por qué  
servirle  
nada.*

*Nada que yo dijera. Si les dijera sálvenme.  
Nada que me dijeran. Si me dijeran vuelve.*

CUATRO



El aire exhibe su materia y se deja oler de pronto como si fuera una glándula radical y expansiva.

Pareciera que una vejiga invisible, inexistente, ha explotado afuera de la atmósfera

y ha dejado que el mundo, sin saberlo, se enrosque bajo el amparo de sus líquidos.

Los guerreros vuelven a casa y en huecas vísceras de bestia hierven sangre de bestia: podrían seguir matando, cantan su pertinaz hambre de sangre.

El buey sacrificado, cantan, muge por última vez sobre las brasas, cuando el pellejo esférico revienta. Es lo que dicen:

el mar sabe el camino de los barcos

y en las gaviotas reconoce un giro de su espuma.

En las gaviotas proyecta un semicírculo de arena, de un vaho cristalizado a través de su propio esqueleto,

del esqueleto que descubre en el unánime ascenso de sus brillos.

Reflejos en el agua: el aire guarda vestigios de una guerra, emblemas, soles de una vieja y laboriosa guerra.

Ah, medallas como nubes, ¿quién ha muerto a las rodillas de un pecho tan azul y tan gris,

tan elevadamente, así, dicho tan hondo, y ha legado

al aire las flechas de su carga? El aire exhibe su materia:

lámparas, alucinados brebajes contenidos, detenidos a rastras, a empujones, cuajados en la indolencia del verano.

Igual a ver pasar un regimiento de salivas, un escuadrón de burbujas dúctiles y rellenas de nada.

Rellenas de lodo, cantan: igual a ver pasar en la campaña una res y herirla y escuchar cómo sufre y abrirla y encontrar lodo en ella. Fango.

¿Quién canta ahora? No las gaviotas, que trabajosamente mascan su miseria. No las nubes, mudas excavaciones en los ojos del ángel. No la resina que arde en las linternas. No las redes ni el pez estrangulado.

El árbol sí, pero inaudible: arde. Igual a una apuesta que al despertar se pierde, igual a quien la sueña, que ha de lavar por la mañana su rostro de aventuras, el árbol.

Qué delirio de naufragos lo funda, cargado de frutos elusivos, vestido de adormideras que tiemblan como llantos: lo ven al centro de sus casas, lo ven azuzando ante su cara una raíz de caracoles,

mariposas que desteje el tiempo. Ven

al árbol. Lo dicho: corredores, patios regados en la obligada penumbra del sueño, la penumbra franca del mediodía. Árbol del sueño.

El aire y la sombra. El aire

y su sombra, que merodea los extremos del mundo y los desnuda como a redes labradas en un golfo sin costas, como a pulpos que llegan a esas redes

cantando su pertinaz hambre de sangre. Vuelven a casa los guerreros, y un aire atroz los amamanta.

El humo.

Fondo de las trampas, substancia de las trampas, substancia de la horca, veneno del veneno. El aire exhibe su materia,

luce el perfil afilado de sus huesos, la niebla como pantano de sus huesos.

La quebradura de los troncos. Cómo desciende el aire

y finge una caricia al sacudir la semilla,

cómo se disfraza y se acuclilla el aire y finge una caricia al aturdir la semilla. El aire se disfraza de aire y usurpa su ración de techos, apresura las brasas

de las fiestas,  
donde cantan los hombres: en su corazón la noche se disfraza de  
corazón,  
en sus cabellos el viento se disfraza de cabellos. El aire exhibe su  
materia: la impostura,  
la transparencia que es un gesto, el gesto que es un remolino que  
es una resaca, un forcejeo de pieles y cabellos nerviosos como  
itinerarios,  
como viajes de huida, como el viaje del que lleva por bulto un poco  
de agua en el cuenco de las manos.  
El aire exhibe su materia: los cuerpos que perfila, las frentes que  
diluye, que incorpora a la extensión del polvo.  
La planicie del polvo. Los guerreros  
no han abandonado el canto.  
Nadie renuncia ni a su dolor ni al aura de sus luchas. El aire finge  
ser fuego  
y el fuego finge ser canto: los envuelve. Lo dicho: pareciera que una  
vejiga ha explotado afuera de la atmósfera  
y el aire finge no serlo, y no hay atmósfera.  
La tierra es la noche de la tierra.  
Cantan.  
La materia y el aire. Un lodo anida en la garganta.

## OLVIDOS

*y había un país entre la vida y la muerte*

JUAN GELMAN

Hay un país entre la espera y el fuego.  
Un largo territorio, como playas.  
El cielo se carga de gaviotas, y esa nube  
parece recordarte.

Hay un país entre las naves y el puerto.  
Cuando vives en él, eso te han dicho,  
el agua bebe de tu mano  
y se mece tu cama bajo la respiración de los tigres.

Hay un país entre los muros  
de la sangre y la huella  
impar del trueno. Ante la vida  
y la muerte, la viva

imagen de todo lo que un tiempo  
fue las nubes, el agua, las gaviotas.

## LA IDENTIDAD

*Mis palabras,  
al hablar de la casa...*

OCTAVIO PAZ

Las palabras se agrietan.  
Hablo y estoy mirando  
a todas partes.  
No las palabras: los minutos.  
Mansas rayaduras de sombra  
limitan el destino de los cuerpos,  
separados de golpe por la luz.  
Hubiera de noche sólo un cuerpo.  
Hubiera tantos rostros señalándose  
con la desposesión,  
lejos o en contra de las formas.  
Los nombres  
no vuelven a decirse. Las palabras  
se agrietan.  
El reloj da una hora equivocada.

\*

Cacería de figuras, puertas  
de umbrales desmontados:  
el río –un río– empieza a detenerse  
y dos filas de árboles avanzan.



\*

Cacería de sonidos, puertas condenadas,  
postigos trabados por la hierba.  
Sedimentos,  
agua color de sangre

seca y afilada  
blancura: el reposo de un astro  
en el aljibe. Anterior a la voz  
sube a la superficie nuestro eco.

\*

Ventanas, puertas  
nítidas.

La casa

y el día que la dejamos  
inesperadamente hundida,  
sin nuestros ojos  
viendo adentro,  
vuelven

con la irrupción de un hombre  
que agita monedas en el puño,  
que parece llamarnos desde un nido  
de avispas:  
diez

o veinte años antes,  
nunca y las vísperas  
de siempre, era él quien daba inicio  
a la mañana con música de radio  
y panes entreabiertos,  
bajando

despacio por la calle.

## HERMANOS

Entre dos cuartos con la luz prendida  
siempre hay un corredor de sombra, una escalera  
y algún reloj que da la hora  
innecesariamente.

Afuera, el guayabo y la impaciencia de los gatos  
llenan el patio de sonido y espera.

En el centro del árbol  
zumba el delgado aviso de un agua no visible.  
No hace falta oírlo. El agua es la distancia  
que separa las pulsaciones de la tierra  
de la calma del tronco.

Dos cuartos, una luz prendida  
y otra que acaba de apagarse:  
la lluvia, en el patio, está creciendo.

\*

Tu cuarto, el mío  
y, estricta, entre los dos  
la pared blanca.

\*

¿Qué ves en mí  
cuando no estoy mirándote  
y luego te sorprendo a punto de reírte?

¿Qué ves en mí  
cuando no estás mirándome  
y ni siquiera me imaginas, absorto  
en las fugaces palabras que otros dicen  
callando y, al callar, borrándose?

Las criaturas también guardan silencio  
en la esquina del techo y las paredes:  
las arañas, que tejen cada una  
los tiempos de una boda irrealizable  
y la mosca, centella del centímetro.

Si el tiempo se llamara de algún modo,  
si estuviera escrito,  
no podríamos leerlo –conocer su nombre–  
mirando cada quien papeles diferentes,  
hablando cada quien de cielos diferentes  
y cada quien revolviendo en la memoria  
palabras diferentes: yo las tuyas  
y tú quizás las mías,  
fugaces.

Pero al final escucharíamos juntos.

## INVIERNO

*Evil air, a frost-making stilness*

TED HUGUES

### I

La nieve  
deja sus huellas en la nieve. La nieve

blanca  
deja sus huellas en la nieve-

Calma congelante / Permanencia  
Viento imposible y mutilado  
Aire y diciembre  
detenidos

### II

(Espejo)

Lago de olas detenidas, ¿quién respira en tu vientre?  
"Mi aliento es de agua y lo respiro"

### III

El agua blanca  
deja sus larvas en la nieve. La nieve  
blanca  
es una mancha enana entre la hierba



## LA DISYUNTIVA

Entre la soledad  
y estar solo,  
escojo lo segundo.  
Lo mismo entre la dicha  
y ser dichoso:  
lo segundo.  
Entre los años y los días,  
lo segundo. Entre mi nombre  
y tú al decirlo.

Hay quien me ve llegar  
con paso lento  
y escoger lo segundo,  
lo que viene detrás, de peor es nada;  
me ve con piedad intransigente,  
con lástima implacable  
de cazador apenado por su presa.  
Yo recojo los restos,  
hago con ellos un sombrero, una corbata,  
y saludo a la usanza cavernícola.

Entre la espera y lo esperado,  
lo segundo.  
Entre los puntos  
y las comas.  
Entre los ya  
y los todavía.

## MARZO PARA SIEMPRE

*para Teresa, veinticinco años después*

El mundo era otro mundo.  
Se hablaba de países, de palabras, de himnos  
que ya no quieren decir nada.  
Incluso los mendigos y los bancos,  
que siempre son iguales,  
eran otros.  
Otro era el mundo  
y, por lo visto, no era para siempre.

Nos preocupaba la cursilería.  
Nos preocupaba decir más  
o menos de lo necesario.  
Las canciones nos daban la palabra  
y en algunas,  
aunque nadie pudiera explicar cómo,  
marzo era marzo para siempre.

Yo te miré de cerca,  
tú me viste mirarte  
y era normal que preguntáramos:  
¿qué tal si marzo fuera para siempre?

Que todo se perdiera  
qué importaba:  
la vida o el amor o Amado Nervo.  
La canción importaba



contigo viéndome de cerca,  
yo viéndote mirarme  
y marzo siendo marzo para siempre.

## SASKIA

Tu rostro viene de telas engañadas.  
Viene, quizás, de la respiración de los enfermos,  
del espacio en que todo sobrevive  
pero no todo se alza. De tu rostro

adivino al principio los colores,  
el blanco rosáceo de los pómulos,  
el tono protuberante de una ceja  
o las raíces del pelo, vueltas carne:  
figuras, cosas del tiempo, indefinibles  
pasos del aire y de la noche por las calles húmedas.

Algo en tu espalda, sin embargo, y en la reserva de tus codos,  
me hace tender la mano detrás de lo que fueras  
y con tu misma piel rozar lo que no fuiste.  
Hay líneas que sirven a los rostros  
y rostros que sirven al vacío.

Pero no hay mundos al margen de tu cara  
ni luces que no lleguen de tu sombra.  
Un rostro se asoma entre cortinas  
rígidas, falseadas, y mis ojos

despliegan su párpado más hondo,  
pues tú eres en verdad lo que renace.

## DOS CANCIONES

No me importa mi amor; me importa el tuyo.  
Panes de ayer, alfombras desteñidas,  
un ajedrez al que le faltan peones  
y miércoles que hubieran sido viernes  
erosionan el mío,  
que no respira por su cuenta  
ni sabe deletrear sus pobres apellidos.

El tuyo, en cambio, apacigua los motores,  
ordena la sombra en el verano,  
convence a las moscas de alejarse  
y añade ventanas a los muros.

Esquiva el pez la red  
contigo, y junio las tormentas,  
y se alargan las noches de silencio  
y huele a caravanas  
de romero y azufre, de algodón y petróleo,  
y a sudor de animales no advertidos  
cruzando una ciudad como la nuestra:  
dispareja, tenaz en la fealdad,  
hierba y cemento como dos canciones  
cantadas al unísono.

No me importa mi amor, que apenas es la red  
y apenas la tormenta –grandes voces  
temibles, aunque inofensivas–;

me importa el peón faltante,  
y es que al mirar su ausencia en el tablero  
cabe ignorar al rey, las torres  
y el resto de las piezas.

## LA SALVACIÓN

Contra el avance de la ruina,  
contra el avance irreparable de lo que no tuvo principio  
y no tiene memoria,  
lo que amarga la dicha de los frutos,  
de las pausas,  
te miro caminar hacia los árboles.

Tus pasos describen la orilla de las hojas,  
la silueta de cada una de las ramas,  
y los troncos descansan en tus manos abiertas.

Contra el designio que retrasa la muerte  
de los que sólo buscan morir.  
Contra el motor que horada como una súplica la noche.  
Lejos del aire

o del tránsito amarillo y plumizo de los cuervos,  
la tierra se ordena bajo esas pocas hojas  
y el cielo se reduce.

Vuelves a caminar, porque los vientos quieren que lo hagas.  
Los troncos, igual que si vinieran  
de la niebla, descansan  
en tus manos de nuevo –y entre tus dedos se repite  
la destreza de la bugambilia, que sostiene los muros  
sin tocarlos.

Vienen todos de blanco.  
Vienen todos con flores, con ofrendas  
y la crueldad solar de mayo  
los empuja, sin que puedan saberlo,  
hasta el regazo de una madre  
no menos cruel ni menos fervorosa,  
infecunda y avara, pródiga y repentina,  
dulce al herir, áspera en la ternura,  
no menos entregada y asfixiante  
que un sol como el de hoy,  
que un sol como la suma  
de todas las estrellas jóvenes  
y todos los incendios.

Tienen

tres, cuatro, cinco años  
y nada saben ellos,  
nada sé yo tampoco  
salvo que hay flores que se abren,  
que apenas lo más vivo y lo más frágil  
nos atrevemos a ofrecer  
en el más despiadado, viejo y feroz de los altares.



CINCO





En aquel tiempo, que nadie ha vivido todavía, los hombres se alisaban el pelo con rudos fragmentos de canoa y pulían sus dentaduras con frases de concreta inclemencia.

Pulían sus mandíbulas con labios inflamados e intermitentes, con la cera de antorchas que arrancaban gemidos como hierros a la espalda nocturna de los muros.

Eran los muros, la piel interna de los muros, la cárcel encarnada en los muros como el brillo en la materia del párpado. Lo dicho: el párpado. Eran el ojo, ellos eran el ojo.

Eran sus ojos como un ojo total emblanquecido ante las altas paredes de la costa.

Como no ver nada en la playa, como no ver nada en el mar, la ceguera. Como decirle a oídos sordos: el agua es transparente, pero es el agua.

Como nunca oír en el canto de los hombres la palabra agua. Ellos eran lo ciego de su vista, eran un ojo solitario y mudo, un cuerpo agachado en la inminencia del patíbulo como el ágil mendigo que ha herido de muerte al Heredero, como el ágil contrabandista que ha herido de muerte al Heredero, como el ágil dragón que ha violado a la santa sin que siquiera lo sospeche su héroe: el Heredero.

La cercanía del patíbulo, la extrema cercanía del muro es la ceguera.

Ellos han levantado el muro y el cadalso y en sus rincones dormitan como arena.

Duermen cerca del mar y no lo saben. Se alisan el pelo accidentalmente, cantando el infortunio de las naves. Cantando su fortuna: la destrucción

*de las naves, que ya no acarrearán el humo de sus sueños.  
Ellos eran sus ojos. Los vimos al desembarcar pero el miedo nos  
hizo creer que no los vimos.*

*Yo tengo su mirada en este puño:  
nada.*

*Las torres murmuraban al oído de los centinelas: nada,  
sólo una costa circular como el agua enterrada del aljibe.*

*Ellos casi no eran sus ojos, porque sus ojos tal vez guardaban la  
imagen de una chispa, que no supieron desencajarle al vientre  
de sus cuervos; porque sus ojos tal vez eran la estela retráctil  
de una flecha, un perdigón disparado contra el día, que no  
supieron dominar con las manos.*

*Porque a sus ojos los disolvió un arenal de vísceras, un reino de  
anoheceres y pasmo y perplejos calendarios ilegibles;  
y se quebró su mirada igual que una luna tañida por el tiempo.  
Redonda,  
como la tortuga enterrada del aljibe.*

## ESTO QUE DOY

Esto que doy no es nada para el mundo.

Lo doy por eso:

porque, al no ser nada,

sabe a la carne de una presa extinta,

huele a vidrio y mercurio

y es todo lo que soy al estar lejos

y contiene los años de una espera

no demasiado larga ni muy breve,

despaciosa en la hora, veloz en el segundo,

suspendida en el metro y fugaz en el centímetro.

Detrás de la mañana

se amontonan guitarras y camisas,

rascacielos y dioses diminutos,

parques y consultorios,

terremotos, países extranjeros,

puntos, comas y lápices labiales

y nadie los intuye,

nada ni nadie los ordena.

Esto que doy, al no ser nada,

es esto solamente:

la espera y la extinción,

el cielo

antes que nadie lo haya visto.

## EL PATIO

Aquel patio mide nueve metros  
cuadrados, nueve metros, veintisiete metros  
cúbicos, veintisiete metros jaula.  
Aquel patio mide catorce años,  
ha bebido, preciso, catorce dosis  
de febrero. Paredes blancas,  
aquel patio midió el campo, midió  
una sombra. Aquel patio  
mide el cielo  
interrumpido por paredes blancas  
quietas, higiénicas por detergente  
y no por aire. Aquel patio mide  
la tierra  
estrangulada por baldosas de color baldosa  
y rejillas de resumidero, mide  
un pedazo de la tierra que habría medido  
siendo libre, mide lo que mide a veces  
cuando están abiertas las ventanas  
o la puerta, mide lo que mide  
cuando hay en él un cilindro de gas  
o un montón de alambres oxidados, mide  
los cien metros de una lámina azul verde  
que cumple bien su función de bloquear el día.  
Aquel patio mide catorce años  
y lo que midió antes, lo que medirá  
después de que el tiempo, cantando  
la misma cancioncilla del origen,  
lo derrumbe.

## TALISMANES

Hay algo en el desván que pudo estar perdido,  
que pudo ser la pieza que faltaba.  
Un lápiz, una llave,  
quizá los restos de un cuaderno  
y el dibujo preciso de una isla  
y un mar, y unos delfines  
que desde el agua impulsan todo el aire.  
Abalorios, juguetes cobrados al azar,  
cancioneros que nunca te gustaron.  
Una foto de grupo, y ese niño  
al centro— ya no reconoces  
la distracción de su mirada  
ni el severo grosor de sus anteojos.

Ya no te reconoces.

Pero al subir la escalerilla  
que conduce al desván (cuarto cerrado  
por láminas de tierra y por sustancias  
amargas)  
te pareció la noche menos tenue,  
los peldaños más firmes,  
y sentiste el aroma de unas ropas  
tendidas en el gancho de lo incierto.  
Lo adivinaste: hay algo en el desván,  
algo que pudo estar entre tus manos  
y perderse, y entrar en la memoria  
como salen del mar el aire y los delfines:  
dejando sólo su reflejo.

## DE LOS OTROS LUGARES

Razonablemente se llaman Iguazú, Groenlandia  
o la casa de enfrente.

Sus nombres dicen que no estamos  
ahí, en el punto azul o atenuado por las horas  
que nuestros dedos exaltan sobre el mapamundi,  
pero también, de algún modo,  
que no estamos en ninguna otra parte,  
que las cuentas del gas y del teléfono  
no deletrean el nombre que nos toca,  
que las cartas no llegan  
porque no hay dirección que nos agrupe, nos dé una sola cara,  
unos dientes,  
porque bien pueden ser muchos los lugares  
donde alguien dice aquí,  
aquí no estoy, no hay nadie,  
mientras recorre los mapas que te incluyen,  
las sombras de la casa  
que sin problemas ve desde la suya  
y parece muy sola y sin secretos.

## CREPÚSCULO DE ORTIGAS

### 1

La rápida fuga de los cuervos ha dejado en el aire un latir como de carbones que se apagan. Entre la dispersión y el vértigo, el vértigo y las alas, va creciendo la noche. Raíces. Nervaduras. La noche igual a un círculo de brezos. Nervaduras, raíces. Y la navegación pulsátil de la savia.

### 2

La brisa enturbia las colinas. Cubre después  
el fatigado calor de las hogueras

y un sudor lento humedece las caras, los jirones  
de hierro, el vaso roto que un huracán plantó  
sobre la arcilla.

*Como sie sola la cibdad llena de pueblo. Cómo  
está sola.*

Cómo canta en voz baja y quiere mitigar el roce  
de los fríos.

La brisa encalla y se revuelve. La brisa encalla  
y sopla como un toro





## OTRA VEZ CON LO MISMO

Coincido, con alguna objeción, en que la vida  
se va en un parpadeo.

Los años vuelan y pasan las generaciones  
y uno lo admite porque sí,  
con la mirada fija en ese tránsito.

El tiempo –nos han dicho–  
no sabe más que irse,  
pero también está frente a nosotros  
como un caballo a media carretera.

Mejor no preguntarse  
por qué, siendo tan breve un año,  
tan milimétrica la escala  
de la noche y el día,  
ciertos lunes parecen infinitos,  
interminables las mañanas de los martes  
y robustos los miércoles en horas de oficina.

Todo en el tiempo es obvio,  
como es obvio que hay tiempo  
después del tiempo,  
detrás, antes y abajo  
y es trivial, y es fugaz, y mide nuestra muerte.

## VINIERON BUSCÁNDOME

*para Marco Aurelio Larios*

Vinieron buscándome, bajaron  
cuando el agua comenzaba a iluminarme  
el cuerpo

tibiamente,  
con esa temperatura que lo envuelve todo  
mucho antes de que las sombras  
hagan algo  
para evitarlo.

Vinieron buscándome  
y, al hacerlo,  
olvidaron sus cadáveres  
en la superficie de las piedras  
que ablandaban, paso a paso,  
sus pies curtidos de salitre,  
sus despellejados tobillos,  
sus días en el claustro de madera.

Vinieron a buscarme: no  
tenían noticia  
de que mi memoria era ya  
un trozo de vidrio  
pausadamente resquebrajado,  
una espina marchita  
embarrada de cal, petrificándose.

Encanecidos, como viajeros  
llevando a cuestras  
el turbio hedor de las prostitutas,  
vinieron a buscarme  
mis recuerdos.

## ADOLESCENCIA

*Je parle à mes amis lointains dont l'image  
trouble  
Derrière un rideau de vacarme de cataractes  
M'est chère comme un espoir inaccessible  
Sous la cloche d'un scaphandrier  
Simplement dans la solitude d'une clairière*

CÉSAR MORO

El sol, traste de bordes oxidados,  
gira, si la mañana está de humor,  
a setenta y ocho revoluciones  
por minuto.

Tiene grabada una canción por lado  
con trompetas de Händel –irrisorias–  
y guitarras endebles de hace un siglo.  
Alguna vez fue un dios,  
como todas las cosas y las fuerzas,  
pero no hay dios que valga en cierta edad  
ni redención posible a los catorce,  
quince años.

Y este sol yo lo miro en esos tiempos,  
y lo puedo mirar porque no arde.

Siempre adoramos dioses obsoletos.  
El dios que veneramos  
lo amamos ya vencido,  
con fracturas de tibia y peroné  
o diademas horribles de princesa ultrajada.

El futbolista de la foto,  
    Jürgen Klinsmann,  
hace diez años que se corta el pelo  
y en otros diez no tendrá pelo.  
Bajo el colchón, revistas calcinadas:  
esas damas de antaño  
suman hoy, cuando menos, cuarenta primaveras  
y el doble de visitas al quirófano.

No parece mentira  
que pasen veinte o veinticinco años:  
parece la más fiel de las verdades,  
verdad como el azúcar en un postre  
o el polvo en las persianas de la sala...  
Con estas moralejas  
hay fábulas por miles, por milenios:  
más azúcar, más polvo,  
más años y mayor la urgencia  
de cantarlo sin dicha y con falsete,  
mejor –de ser posible– con traje azul marino  
y versos escandidos con metrónomo.

El que suscribe, triste de reír  
sin más alternativa,  
se declara insoluble  
por veinticuatro pulsaciones  
    como mínimo,  
por lo que duren estos folios  
–lado A, lado B–  
de vejez achacosa y prematura,  
sin otro fin que ahorrar lo suficiente

y reponer el gajo que faltaba  
en la epopeya, la oratoria  
patriótica y demás  
aficiones del héroe jubilado.  
Siempre amamos –lo dicho– al dios cuando se aleja.

## EN LAS ÚLTIMAS

Antes de terminar,  
déjenme hacer una pregunta clave.  
Si el pájaro se va, ¿cantan las ramas?

Entiendo que ya estamos en las últimas,  
que se acaba el papel  
y no habrá tiempo ni para despedidas.  
Muy bien, pero ¿en qué asuntos  
irán a involucrarse las lombrices  
cuando ya no haya nadie bajo tierra,  
más allá del final de nuestros cuerpos?

Dije que nada más una pregunta.  
¿Cuántas ventanas hay que abrir  
para que lo de afuera no esté afuera?  
Mejor dicho: ¿hasta dónde  
se tiene que avanzar  
para que nada quede lejos?  
Quiero decir: el pájaro,  
¿de verdad se distingue de las ramas?  
¿De verdad serían, sin tierra,  
lombrices las lombrices  
y el cuerpo, sin final, el cuerpo?

Porque al morir el perro  
debió morir dos veces  
la pulga en concordancia:

*una*  
de pasmo, de tristeza, de abandono  
y otra de muerte natural,  
sin patetismo ni agonía,  
de pura negación;  
muerte de ser aniquilada,  
no de morirse poco a poco.

Pero no se murió  
ni mucho menos. Ni a melón  
le supo.

Se quedó abajo de la cama  
con su pepsi de un litro y sus galletas,  
tarareando una cumbia indestructible.

Sin el perro está sola como un perro.  
Santo remedio, porque busca otro perro.



## SIGLAS:

NOC = *Noctambulario* (1989)

NOM = *Nombre* (1990)

PHP = *Piedras hundidas en la piedra* (1992)

ACF = *El agua circular, el fuego* (1995)

CER = *La cercanía* (2000)

CTO = *Cien tus ojos* (2003)

PCO = *Por una vez contra el otoño* (2004)

RAP = *Reducido a polvo* (2004)

TRC = *Trece* (2007)

FEX = *Fractura expuesta* (2008)

ACP = *Adolescencia y otras cuentas pendientes* (2011)

SPT = *Séptico* (2012)

PNC = Poema no coleccionado

## ÍNDICE

UNO	11
<i>Abierto el mar de profecías...</i> (ACF)	13
Abolición del viaje (PHP)	15
Medio de contención (CER)	16
Fragmento de un poema deliberadamente recortado (NOM)	19
De reojo (PNC)	20
Zapatos (PCO)	21
Mensaje del que duda (CER)	23
Just for the record (ACP)	24
Calzar del 30 (FEX)	25
Como adentro del agua (RAP)	27
<i>Cómo voy a dormir...</i> (SPT)	28
DOS	29
<i>Lo dicho: corredores de obligada penumbra...</i> (ACF)	31
<i>Cold fever</i> (PCO)	33
Poca monta (PNC)	34
<i>Get back</i> (ACP)	36
Fragmento (RAP)	37
Números (CTO)	40

Términos del café (CER)	42
<i>Western</i> (RAP)	43
Lamento (NOC)	45
Tras el festejo, el hermano del hijo pródigo se resuelve a mostrar quién es el peor de ambos (FEX)	46
<i>Un muerto es poca cosa...</i> (SPT)	49
TRES	51
<i>Como follajes crecientes...</i> (ACF)	53
Soneto de la espera (TRC)	54
Soneto del hijo (TRC)	55
<i>Toast</i> modernista (TRC)	56
El sueño (PNC)	57
<i>A mí la cuchara no me sirve...</i> (SPT)	58
CUATRO	59
<i>El aire exhibe su materia...</i> (ACF)	61
Olvidos (CER)	64
La identidad (RAP)	65
Hermanos (FEX)	68
Invierno (PHP)	70
La disyuntiva (FEX)	72
Marzo para siempre (PNC)	73
Saskia (RAP)	75
Dos canciones (ACP)	76
La salvación (PCO)	78
<i>Vienen todos de blanco...</i> (SPT)	79

CINCO	81
<i>En aquel tiempo...</i> (ACF)	83
Esto que doy (PNC)	85
El patio (PHP)	86
Talismanes (CER)	87
De los otros lugares (PCO)	88
Crepúsculo de ortigas (CTO)	89
Otra vez con lo mismo (ACP)	91
Vinieron buscándome (NOC)	92
Adolescencia (ACP)	93
En las últimas (FEX)	96
<i>Porque al morir el perro...</i> (SPT)	97



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Ma. Teresa Uriarte C.  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

Leticia García Cortés  
*Subdirectora*

Víctor Cabrera  
Martha Angélica Santos Ugarte  
*Editores*

*Orden aleatorio*, de Luis Vicente de Aguinaga, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 21 de noviembre de 2015 en los talleres de Navegantes de la Comunicación Gráfica S.A. de C.V., en Pascual Ortiz Rubio No. 40, Col. San Simón Ticumac, Del. Benito Juárez, C.P. 03660. Se tiraron 1,000 ejemplares en offset, más sobrantes para reposición, en papel cultural de 90 g. Se usaron en su composición el tipo Briosso Pro de 12 pts. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Víctor Cabrera y del autor.

TEXTOS DE  
DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



**OTROS TÍTULOS**

*Nuestro nombre*

**Rodolfo Mata**

*Liber Scivias*

**Claudia Posadas**

*Convocaciones, desolaciones  
e invocaciones*

**Ethel Krauze**

*Perlas*

**Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal**





Alejada de recursos deliberadamente efectistas y de trucos sospechosamente en boga, la poesía de Luis Vicente de Aguinaga se sostiene sobre un paradójico ideal de transparente opacidad: como un cristal de cuarzo que al ser atravesado por la luz mostrara sus vetas más insospechadas o como un sólido bloque de hielo que, al calor de una tradición asimilada con sobriedad y rigor y de un ritmo correctamente temperado, revelara dentro de sí estados inéditos de su propia materia.

Si la suma que implica una obra reunida obliga a una disposición cronológica de sus partes, todo esfuerzo antológico instaure necesariamente una nueva lectura, aislada, azarosa y tangencial de cada una de esas partes: un orden aleatorio. Reunidos de ese modo distinto de aquel en el que fueron originalmente concebidos en algún otro libro, los cincuenta poemas que conforman este volumen —que abarca veinticinco años de una de las más firmes trayectorias poéticas de la actualidad— son una depurada muestra de estilo y decantación poéticos, una pausada lección de cómo estar en el mundo con todos los sentidos abiertos a un instante.

*Víctor Cabrera*



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura

ISBN 978-607-02-7393-3

